

Isaac Deutscher

Trotsky

El comisario del pueblo



Ediciones

MASAS

La Paz - Bolivia

2025

EL COMISARIO DEL PUEBLO

El primer gobierno soviético fue puramente bolchevique en su composición. La participación en el gobierno de los partidos que se habían negado a reconocer al Congreso de los Soviets como la única fuente constitucional del poder y después le habían declarado un boicot, quedó descartada. Sólo un grupo no bolchevique, los social-revolucionarios de izquierda, que se habían separado de su partido, se inclinaba a compartir con los bolcheviques las responsabilidades del gobierno. Leían les ofreció posiciones en el Consejo de Comisarios del Pueblo. Pero los social-revolucionarios de izquierda todavía abrigaban la esperanza de mediar entre los bolcheviques y sus adversarios y, para no perjudicar esta posibilidad, prefirieron mantenerse fuera del gobierno.¹

Trotsky relata que, cuando se discutió por primera vez la composición del gobierno, Lenin propuso que Trotsky lo encabezara, puesto que había dirigido la insurrección de la cual nació el gobierno. Por la deferencia al derecho de antigüedad política de Lenin, Trotsky no aceptó la proposición.² Esta versión nunca ha sido negada por nadie, y fue confirmada indirectamente por lo que Lunacharsky, miembro de ese gobierno le contó a Sujánov, su amigo íntimo. Lenin, dijo Lunacharsky, era renuente a presidir el Consejo de Comisarios del Pueblo e incluso a participar en él; prefería dedicar toda su atención al manejo de los asuntos del Partido. Pero los dirigentes bolcheviques que se habían opuesto a la insurrección y los que habían vacilado, entre ellos el propio Lunacharsky, vieron en esta actitud de Lenin un intento de evadir sus responsabilidades e insistieron en que él presidiera el gobierno. Lenin habría sido el último hombre en rehuir las consecuencias de sus actos, y aceptó encabezar el Sovnarkom.³

A continuación propuso que Trotsky fuera nombrado Comisario de Asuntos Interiores.⁴ Este Comisariado debía dirigir la lucha contra la contrarrevolución, y en él hacía falta una mano firme. Trotsky se opuso a este nombramiento también, en parte porque se sentía extenuado a causa de los esfuerzos de los últimos meses y en parte porque temía que, en aquel puesto, su origen judío pudiera ser utilizado por la contrarrevolución para agitar los sentimientos antisemitas contra los bolcheviques. Lenin desechó el argumento, pero Svérdlov, otro judío entre los dirigentes bolcheviques, compartía la aprensión de Trotsky, y Lenin cedió.

1- *John Reed. op. cit., p. 137.*

2- *Trotsky, Mi vida, tomo II.*

3- *Sujlnov, op. cit., vol. VII, p. 266. Sovnarkom, abreviatura del Consejo de Comisarios del Pueblo.*

4- *Trotsky, Mi vida, tomo II, p. 76.*

Este fue un episodio curioso. En los partidos socialistas y en los Soviets el prejuicio racial nunca se había dejado sentir; en todo caso, no habría sido tolerado. Los judíos, polacos y georgianos se habían destacado en todos los movimientos radicales y revolucionarios por la sencilla razón de que pertenecían a minorías oprimidas. Entre los mencheviques y los social-revolucionarios había más judíos aún que entre los bolcheviques. Pese a su origen, Trotsky había sido el jefe de la insurrección. Pero, hasta entonces, la revolución había sido un movimiento urbano y la ciudad más avanzada de Rusia su escenario principal. Ahora los bolcheviques tenían que adaptarse al desempeño de nuevos papeles: los de gobernantes de la Rusia rural, saturada todavía de ortodoxia griega, desconfianza de las ciudades y prejuicio racial. En unos cuantos meses Trotsky habría de llamar a los hijos de esa Rusia a defender la revolución en una docena de frentes, y su origen no habría de estorbarlo. Pero en esos pocos meses el régimen llegó a adquirir cierta sensación de estabilidad que le permitía desafiar al prejuicio inveterado. Al día siguiente de la insurrección, es probable que Trotsky juzgara imprudente que los vencedores ofrecieran una provocación excesiva.

Es posible, sin embargo, que tuviera otros motivos menos confesables. La tarea de gendarme principal de la revolución puede haber sido poco grata para sus gustos e inclinaciones. Es cierto que andando el tiempo él sería uno de los partidarios más firmes de las medidas represivas contra la contrarrevolución incipiente y no rehuiría el Terror Rojo cuando llegó el momento de implantarlo. Pero una cosa era justificar e incluso dirigir el terror rojo en una guerra civil, en una atmósfera de intenso drama, y otra muy distinta era aceptar el puesto de gendarme principal el mismo día de la revolución. Es posible que ello le haya parecido una secuela demasiado insípida. El internacionalista puede haberse sentido poco atraído por un puesto en el que habría tenido que concentrar su atención primordialmente en problemas nacionales.

Sea cual fuere la verdad, Trotsky aceptó de buen grado su nombramiento como primer Comisario de Relaciones Exteriores de la revolución. Fue por iniciativa de Svérldov que se le invitó a asumir esa cartera. Después de la dirección del gobierno, éste era el nombramiento más importante. El propio Trotsky rebajó su importancia. La revolución, dijo, no necesitaba de la diplomacia: “Publicaré unas cuantas proclamas revolucionarias y después cerraré el taller”. Había un poco de afectación en la relegación de su propia persona a un segundo plano. Svérldov propuso su nombramiento sobre la base de que Trotsky era el hombre indicado “para enfrentarse a Europa” en nombre de la revolución; y esta tarca era tan importante como agradable para Trotsky. Es cierto, sin embargo, que no se

proponía “enfrentarse a Europa” a la manera del diplomático convencional.⁵

El gobierno estaba constituido, pero pocos creían que duraría. Para los antibolcheviques, y para muchos bolcheviques también, la insurrección y su resultado tenían un aspecto bastante irreal. Unos y otros esperaban, en su mayoría, una represión sangrienta. El día siguiente a la formación del gobierno, la capital se llenó de rumores de que Lenin y Trotsky habían huido.⁶ Desde Gatchina, a menos de 32 kilómetros al sudeste de Petrogrado, Kerensky anunció lleno de confianza su inminente regreso a la cabeza de los leales cosacos del general Krasnov. El Comisario de Relaciones Exteriores, reasumiendo sus funciones como jefe del Comité Militar Revolucionario, tuvo que reunir una fuerza armada para detener el avance de las tropas de Kerensky. Esto resultó más difícil, en ciertos aspectos, que hacer la insurrección. La guarnición carecía de espíritu combativo. Había ayudado de buena gana a Trotsky a derrocar a Kerensky cuando éste amenazó con enviar a los regimientos rebeldes al frente; pero cuando Trotsky les ordenó a esos mismos regimientos que abandonaran sus cuarteles y ocuparan posiciones en las alturas a las afueras de la capital, cumplieron la orden a regañadientes y con descontento. No esperaban tener que combatir, y cuando súbitamente se encontraron bajo fuego el desaliento hizo presa en ellos. Las Guardias Rojas de los obreros civiles constituían la única fuerza militante de que se podía echar mano. Pero, al igual que cualquier milicia de ese género, si bien actuaban con confianza en sí mismos y con audacia mientras se movían dentro de los muros de su ciudad donde conocían cada calle, cada pasaje y cada rincón, estaban poco preparados para enfrentarse a un enemigo en campo abierto.⁷

En aquel momento Kerensky pudo haber regresado a Petrogrado si hubiese podido movilizar unos cuantos destacamentos disciplinados y dignos de confianza, aunque cabe dudar que hubiera logrado restablecer su autoridad. Pero, al igual que las tropas que Trotsky despachó contra él, sus cosacos tampoco estaban dispuestos en modo alguno a derramar su sangre. Se les había dicho que su tarca consistía en reprimir una revuelta organizada por un puñado de espías alemanes, y se sintieron sorprendidos al ver a los regimientos de la capital y a los Guardias Rojos desplegados frente a ellos. Por un momento el destino de un gran país, y sin duda el destino del mundo, dependió del encuentro de unas cuantas brigadas desanimadas. El bando que lograra encender una chispa de aliento en sus tropas y obrar con más determinación y rapidez, estaba destinado a vencer. La victoria residía en un estrechísimo margen de superioridad, como sucede a veces incluso cuando ejércitos

5- Trotsky, *loe. cit.*; *Proletárskaya Revolutsia*, núm. 10, 1922.

6- Sadoul, *Notes sur la Revolution*, p. 63.

7- Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 2, pp. 86-90.

numerosos, bien equipados y tenazmente combativos, pero igualmente fuertes, se enfrentan en una batalla.

Trotsky confiaba en que las palabras de persuasión, más que las balas, dispersarían a los cosacos de Krasnov.⁸ Pero antes de que los propagandistas bolcheviques pudieran acercarse a los cosacos, era preciso debilitar con las balas su confianza en sí mismos. Ya en esta etapa Trotsky tuvo que buscar comandantes experimentados y capaces. El día después de la insurrección, él y Lenin se habían vuelto en solicitud de ayuda a los oficiales regulares que hasta entonces habían sido blanco de los ataques bolcheviques. Pero los oficiales a los que se pudo llevar por las buenas a Smolny se negaron cautelosamente a cooperar. Sólo unos cuantos desesperados y oportunistas estaban dispuestos a servir bajo el gobierno “ilegítimo”. Uno de ellos, el coronel Muraviov, fue nombrado comandante de las fuerzas revolucionarias en la batalla por las colinas de Púlkovo, y subsiguientemente desempeñó un papel destacado en la primera fase de la guerra civil. Hombre jactancioso que se hacía pasar por social-revolucionario de izquierda, Muraviov parece haber actuado más por resentimiento contra Kerensky que por simpatías por los bolcheviques. Trotsky lo recibió en un principio con suspicacia. Pero el coronel era fogoso, competente y ansiaba conquistar un triunfo en una empresa que parecía imposible, y Trotsky quedó cautivado por su iniciativa y su coraje. El coronel Valden, otro oficial de este pequeño grupo, mandó la artillería que decidió el resultado de la batalla de Púlkovo en favor de los bolcheviques.

El nombramiento de estos oficiales suscitó mucha indignación en el Soviet. Los bolcheviques y los social-revolucionarios de izquierda se horrorizaron al ver, como pensaban ellos, la suerte de la revolución puesta en manos de arribistas desprestigiados (de Muraviov se decía que había actuado con celo especial en la represión de los bolcheviques en los días de julio). Boicoteados por toda la oficialidad, los bolcheviques no podían, sin embargo, darse el lujo de escrutar demasiado las credenciales de quienes estaban dispuestos a servirles. En la sección militar del Partido había pocos hombres duchos en el arte de la insurrección, pero casi ninguno competente en el de la guerra ordinaria. La guarnición estaba sumida en el caos total, y Trotsky ni siquiera podía localizar sus depósitos de municiones y alimentos. En aquel momento estaba dispuesto a utilizar al mismo diablo, siempre y cuando pudiera mantener una pistola apuntada a la cabeza del diablo y observar lo que éste hacía. En estas improvisaciones se pueden discernir, en miniatura, los elementos principales de la política militar de Trotsky en la guerra civil.

El 28 de octubre Trotsky llegó a la cabeza de los Guardias Rojos a Gáchina,

8- *Sadoul, op. cit., pp. 68-69.*

donde se libraba una batalla por las cercanías de la ciudad. En Gátschina las tropas de Kerensky sufrieron su primer revés, y Trotsky tuvo la esperanza de regresar con el antiguo Primer Ministro como prisionero del Soviet. Pero Kerensky se le escapó.⁹

Mientras los combates en las afueras de Petrogrado continuaban, dentro de la ciudad los cadetes de la escuela de oficiales se sublevaron. Tuvieron cierto éxito inicial, y entre los prisioneros que tomaron se encontraba Antónov-Ovscienko, el Comisario de la Guerra. Hablando ante el Soviet sobre las medidas tomadas para reprimir esta revuelta, Trotsky declaró entre otras cosas:

Los prisioneros que hemos tornado son rehenes en nuestras manos. Si nuestros enemigos tomaren prisioneros entre nosotros, sepan que canjearemos cada obrero y campesino por cinco cadetes militares... Hoy les hemos demostrado que nuestras vacilaciones han tocado a su fin. No bromeamos cuando están en juego los intereses fundamentales de los obreros y los campesinos. Sabemos cómo han combatido los terratenientes y los capitalistas..., cómo han tratado a los soldados insurrectos, obreros y campesinos, cuánta sangre han derramado, cuántas vidas han destruido...¹⁰

Estas palabras, que podían tomarse como una señal para llevar a cabo ejecuciones a discreción, provocaron airadas protestas.¹¹ Durante una sesión ulterior, Trotsky aprovechó una pregunta de un delegado para explicar lo que había querido decir. Sobraba decir, declaró, que la vida de los prisioneros era inviolable “por razones humanitarias y porque los vivos valen más para nosotros que los muertos. Antes se había referido al “canje”. no al fusilamiento, de prisioneros.¹² El incidente, sin embargo, fue una anticipación de la ferocidad de la guerra civil. En la misma sesión, al informar sobre las dificultades para aprovisionar a los Guardias Rojos, Trotsky anunció que el Soviet no respetaría la santidad de la propiedad privada: “Las organizaciones de obreros y soldados pueden obtener del Comité Militar

9- Sujánov, *op. cit.*, vol. VII, p. 305. La atmósfera que prevalecía en el Soviet está bien caracterizada en una escena descrita por John Reed (*op. cit.*, pp. 192- 193): “Trotsky estaba hablando (sobre el desarrollo de los combates):

“-Los cruceros Oleg, Aurora y República han anclado en el Neva, y sus cañones apuntan hacia los accesos a la ciudad.

“-¿Por qué no estás tú en el frente con los guardias rojos? -le espetó una voz ruda.

“-Ahora mismo rnc voy -replicó Trotsky, y abandonó la tribuna”.

La brusca ira plebeya de las masas no respetaba ni siquiera a los jefes de la revolución, y a menudo les dictaba lo que tenían que hacer.

10- Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III. libro 2. p. 71.

11- Lozovsky, por ejemplo, le reprochó a Trotsky “imitar los métodos de Hindenburg”.

12- *Loc. cit.*

Revolucionario autorización para efectuar requisiciones”. También informó que el gobierno estaba preparando un decreto que le daría poder para clausurar periódicos que respaldaran al bando enemigo en la guerra civil.

El 31 de octubre los cosacos de Kcensky se rindieron en Púlkovo. Su comandante, el general Krasnov, fue hecho prisionero, pero Kercensky volvió a escapar. Trotsky anunció la victoria desde el campo de batalla en un elocuente mensaje la Soviet. Dejó a Krasnov en libertad bajo palabra, lo cual no impidió que el general volviera a empuñar las armas contra los Soviets poco más tarde. Al mismo tiempo, después de prolongados y sangrientos combates, los bolcheviques lograron dominar a Moscú. La mayoría de las demás ciudades informaron también el establecimiento de la autoridad de los Soviets. El gobierno de Lenin dejó de estar aislado en Petrogrado, y aún transcurriría algún tiempo antes de que la guerra civil se desatara definitivamente.

La primera amenaza armada al gobierno de Lenin apenas había sido rechazada cuando el gobierno se encontró en peligro de caer debido a los escrúpulos y las rectificaciones de sus propios miembros. Los bolcheviques moderados deseaban ansiosamente reconciliarse con los mencheviques y los social-revolucionarios e invitarlos a participar en el gobierno. Los dirigentes del sindicato de ferroviarios amenazaron con paralizar los trenes si no se formaba un gobierno de coalición de todos los partidos socialistas. El 29 de octubre el Comité Central bolchevique, en ausencia de Lenin, Trotsky y Stalin, resolvió iniciar las negociaciones.¹³ Los mencheviques y los social-revolucionarios plantearon entonces las siguientes condiciones para su ingreso en la coalición: el nuevo gobierno no sería responsable ante los Soviets, sino ante “los amplios círculos de la democracia revolucionaria”, debería desarmar a los destacamentos bolcheviques, y Lenin y Trotsky deberían salir del gobierno.¹⁴ Estas condiciones equivalían a exigir que los bolcheviques declararan nula e inválida la Revolución de Octubre, que se desarmaran frente a sus enemigos y que aislaran ellos mismos al inspirador y jefe de la insurrección. Propuestas por los partidos derrotados en una revolución a los vencedores que buscaban una reconciliación, eran exigencias audaces. Los negociadores bolcheviques, Kámenev, Riazánov y Sokólnikov, especialmente los dos primeros, pertenecían al ala derecha del Partido y no había cosa que desearan más que poder volver a su partido con una transacción practicable que Lenin y Trotsky no pudieran rechazar fácilmente. Tan deseosos estaban los negociadores bolcheviques de llegar a un acuerdo con los mencheviques y los social-revolucionarios a base

13- *Protokoly Tsen. Kom.* pp. 144-147.

14- *Ibid.*, p. 156.

de concesiones mutuas, que mientras la batalla de Púlkovo todavía no se decidía, firmaron un llamamiento conjunto en favor de un cese de las hostilidades, llamamiento dirigido implícitamente contra su propio Partido y el gobierno. Con todo, ni siquiera los bolcheviques más moderados podían aceptar las condiciones de los mencheviques. No podían volver a su partido para aconsejarle que cometiera suicidio.

Directamente desde la batalla de Púlkovo, Trotsky se dirigió a una conferencia que el Comité Central efectuó con el comité de Petrogrado y con los dirigentes de la sección militar para tomar una decisión sobre las negociaciones. El fue el primero en atacar a Kámenev y Riazánov. “No teníamos necesidad de hacer el levantamiento”, dijo, “si no nos hubiéramos propuesto obtener una mayoría en el gobierno... Debemos obtener tres cuartas partes de todos los puestos”. Añadió que Lenin debía, bajo cualesquiera circunstancias, seguir presidiendo el gobierno.¹⁵ Lenin fue aún más lejos y pidió el cese de las negociaciones. En el otro extremo, Riazánov (y Lunacharsky) se inclinaba a conceder la exclusión de Lenin y Trotsky del gobierno, diciendo que el Partido debería insistir en los principios, no en las personas. La conferencia decidió continuar las negociaciones, pero sólo bajo condiciones que garantizaran la preponderancia del Partido en la coalición que se proponía.

Esta controversia fue una prolongación de la que había precedido a la insurrección. En principio, todos los bolcheviques convenían en que los Soviets debían formar la base y la estructura constitucional del gobierno. Todos parecían convenir también en que era aconsejable formar una coalición con cualquier partido o grupo dispuesto a aceptar este principio. El 2 de noviembre el Comité Central reiteró solemnemente que los bolcheviques seguían dispuestos a formar un gobierno con los partidos que le habían declarado un boicot a los Soviets, siempre y cuando que esos partidos rectificaran y aceptaran la constitucionalidad soviética. Los mencheviques y los social-revolucionarios no podían aceptar esto sin repudiar todo lo que habían hecho desde febrero. Si las condiciones que los mencheviques habían planteado eran una exigencia implícita de que los bolcheviques cometieran suicidio, el partido de Lenin, a su vez, invitaba a sus posibles aliados a cometer un acto de autoeliminación moral. Lenin no tenía duda de que éstos no harían tal cosa, y consideraba que la continuación de las negociaciones no tenía sentido. A lo sumo, decía, sólo podía servir como una estratagema de guerra dirigida a confundir a los partidarios de Kerensky mientras durara la lucha contra éste.

Ni Lenin ni Trotsky veían razón alguna para que su partido no formaran un

15- *Ibid.*, p. 149.

gobierno compuesto exclusivamente por sus propios miembros. No había nada, sostenían, que le impidiera a la mayoría del Soviet asumir la responsabilidad exclusiva. En ningún sistema democrático la minoría tiene derecho a exigir la participación en el gobierno. Lo que es vital para la minoría es que no se le impida actuar como oposición, en la inteligencia de que esa actuación debe tener lugar dentro de una estructura constitucional aceptada tanto por el gobierno como por la oposición. Después de la revolución de octubre no existía ninguna estructura de ese tipo. Un partido había proclamado un nuevo principio constitucional, que casi todos los demás partidos consideraban inherentemente inconstitucional. Al negar enfáticamente la soberanía de los Soviets, los mencheviques y sus aliados no podían ni siquiera actuar como una oposición leal dentro de los Soviets (aunque algunos grupos de ellos trataron ocasionalmente de hacerlo). Menos aún podían ser aliados de los bolcheviques. Los partidos que así se enfrentaban eran todos socialistas de nombre; sin embargo, todo lo que los relacionaba ahora eran reminiscencias de un pasado común que se iban esfumando.

El numeroso e influyente grupo de dirigentes bolcheviques que todavía trataban de tender un puente entre los adversarios, actuaban en parte movidos por esas reminiscencias. Muchos de los conciliadores bolcheviques consideraban también que su partido se había metido en un callejón sin salida y que, para salir de él, debía aceptar la mano que le tendían sus adversarios. Kámenev, Ríkov, Zinóviev y otros argumentaban, alarmados, que Petrogrado carecía de alimentos, que los bolcheviques no podrían gobernar el país si los ferrocarriles se paralizaban y que no tenían posibilidades de sobrevivir a una guerra civil prolongada. Lenin y Trotsky, apoyados ardientemente por Svérdlov y Dzerzhinsky, no negaban los riesgos y los peligros, pero creían que ponían sostenerse si actuaban con determinación. Buscar la coalición era mostrar debilidad; y en todo caso, los posibles aliados no habían tendido sus manos para ayudar, sino para estrangular.

El 2 de noviembre el Comité Central Ejecutivo de los Soviets discutió el problema, y los “conciliadores” bolcheviques, junto con los miembros antibolcheviques, volaron contra su propio partido. Esta escisión abierta era sumamente embarazosa, tanto más cuanto que los “conciliadores” estaban encabezados por Kámenev, quien, pese a su reciente disputa con el Partido, había sido elegido Presidente del Comité Central Ejecutivo de los Soviets, un puesto que equivalía al de Presidente de la República. Sucintamente, el Presidente bolchevique pidió en forma franca la disolución del gobierno bolchevique y su reemplazo por una coalición. Kámenev tenía iras de sí a los miembros más importantes del propio gobierno: Ríkov, Comisario de Asuntos Interiores; Miliutin, Comisario de Agricultura; Nogúin, Comisario de Industria

y Comercio; Lunacharsky, Comisario de Educación; Teodorovich, Comisario de Suministros; y, fuera del gobierno, a Zinóviev, Lozovsky, Riazánov y Yurcniev, para mencionar sólo a los más influyentes.

La crisis no ¡xxiía ser más grave tanto en el gobierno como en el Partido. La regla de que los miembros de un partido deben actuar en sus puestos gubernamentales siguiendo las instrucciones del partido era aceptada generalmente no sólo por los bolcheviques, sino por la mayoría de los partidos rusos y ciertamente por los europeos, aunque la regla operaba más frecuentemente en su violación que en su cumplimiento. Lenin y Trotsky se propusieron hacerla cumplir. Convencieron al Comité Central de que reafirmara su posición: “Ceder a los. ultimátums y a las amenazas de una minoría en los Soviets equivaldría a una completa renuncia por nuestra parte] no sólo al gobierno basado en los Soviets, sino también a la actitud democrática. Ceder sería prueba del temor de la mayoría a utilizar su mayoría; equivaldría a someterse a la anarquía: y estimularía a cualquier minoría a presentarnos un ultimátum detrás de otro”. ¹⁶ El 3 de noviembre la mayoría del Comité Central les presentó a los “conciliadores” su propio “ultimátum”, que exigía un comportamiento disciplinado y amenazaba con convocar un Congreso extraordinario del Partido que tendría que elegir entre apoyar la política de los “conciliadores” o expulsarlos. ¹⁷ Los “conciliadores” respondieron con su renuncia colectiva al Comité Central y al gobierno. Justificaron su acción con protestas enérgicamente formuladas contra la insistencia del Partido en un gobierno puramente bolchevique. Tal gobierno, declaró Noguín en nombre de los renunciantes, “sólo puede mantenerse en el poder por medio del terror político”. Conduciría a un “régimen irresponsable” y “excluiría a las organizaciones de masas del proletariado de la dirección de la vida política”. ¹⁸

Al igual que en la controversia de Trotsky con Lenin en 1904 y en los recientes debates sobre la insurrección, también aquí los errores y los aciertos en la discusión se confundían inexplicablemente. Desde el punto de vista bolchevique, las consideraciones que Lenin y Trotsky aducían para justificar su política eran irrefutables. Las negociaciones encaminadas a formar una coalición amplia eran fútiles. Los mencheviques y los social-revolucionarios de derecha estaban tratando, en forma indirecta, de arrebatar el poder a los bolcheviques, no de compartirlo con ellos. Pese a toda su ansiedad por llegar a un acuerdo con los mencheviques. Kámenev no podía aceptar sus condiciones. En la misma sesión del Comité Central Ejecutivo de los Soviets en que virtualmente exigió la renuncia del gobierno de

16- *Ibid.*, p. 161.

17- *Ibid.*, pp. 162-164.

18- *Ibid.* pp 169-170.

Lenin. declaró también que sin Lenin y Trotsky el Partido sería “decapitado”.¹⁹ El otro bando insistía en la “decapitación” porque no podía eliminar a los bolcheviques del poder sin quebrantar primero su confianza en sí mismos. No podía concebirse nada mejor para lograr tal cosa que la exigencia de que el partido bolchevique permitiera que otros le dictaran quién habría de ser su representante en el gobierno y la insistencia en que el Partido repudiara a sus dos jefes.

Al igual que en octubre, Lenin no impugnaba ahora el derecho de Kámenev y sus compañeros a disentir. Pero sí les negaba el derecho a actuar contra la política declarada del Partido fuera de éste. Cuando abandonaron sus puestos en el gobierno, para expresar su protesta, Lenin los tachó inmediatamente de “desertores”. Kámenev y sus compañeros acabaron por capitular, tal como lo habían hecho en octubre. Sus gestiones quedaron agotadas cuando se hizo claro que ninguno de los partidos opuestos estaba en actitud de conciliación. Zinóviev fue el primero en rectificar su posición y en declarar que los mencheviques habían hecho imposible una transacción.²⁰ En palabras que prefiguraban sus futuras y más trágicas capitulaciones, apeló a sus compañeros: “Permanecemos en el Partido; preferimos equivocarnos con los millones de trabajadores y morir con ellos a mantenemos al margen en este momento histórico decisivo”. Al cabo de unos cuantos días los “conciliadores” quedaron completamente derrotados. Kámenev fue destituido de su alto puesto en el Ejecutivo de los Soviets, y en una sesión de este organismo Trotsky propuso a Svcrdlov como sucesor de Kámenev. El único resultado positivo de las negociaciones fue que los social-revolucionarios de izquierda, resentidos por la actitud de los partidos antibolcheviques, ingresaron en el gobierno de Lenin.

Sin embargo, los adversarios de Lenin y Trotsky en el Partido no estaban tan equivocados como ellos mismos habían llegado a admitir. La predicción de que “un gobierno puramente bolchevique sólo podría sostenerse por medio del terror político” y conduciría a un “régimen irresponsable”. habría de cumplirse a la larga. Por el momento, Lenin y Trotsky rechazaron esa predicción con sincera indignación, reiterando las seguridades de que los Soviets podrían derrocar al gobierno por una simple mayoría de votos.²¹ Pero la historia habría de justificar la advertencia, aunque cuando ésta se hizo no había razón aparente para darle crédito. Lenin, Trotsky y los demás dirigentes bolcheviques tenían indudablemente las mejores intenciones de gobernar el país en un espíritu de auténtica responsabilidad ante el electorado soviético. Pero el hecho de que sólo su partido abrazara la constitucionalidad soviética de todo corazón no podía llevarlos sino a identificar la política de su

19- *Ibid.*, pp. 166.

20- *Ibid.*, p. 177.

21- *Ibid.*, pp. 171-175.

partido con la constitucionalidad soviética, después a sustituir los principios de esa constitucionalidad por los deseos del Partido, y finalmente a abandonar del todo esos principios. En términos más amplios, la circunstancia de que los bolcheviques fueran el partido de la revolución los impulsó en un principio a identificarse a sí mismos con la revolución, y posteriormente a reducir la revolución a un asunto exclusivo de su partido. Once años más tarde Bujarin, al examinar la secuencia de los acontecimientos que condujeron a la perversión de la democracia soviética y al ascenso de Stalin, situó, el origen de esos “desastres” en un “solo error”: la identificación del Partido con el Estado.²² La fuerza de las circunstancias empezó a empujar a) Partido por este camino en la primera semana de la revolución; y los bolcheviques moderados expresaron un instintivo temor al camino. Nadie se imaginó la longitud, la dirección ni el carácter trágico del recorrido.

Después de Lenin, Trotsky era el partidario más franco y tenaz de un gobierno exclusiva o predominantemente bolchevique. El había enviado orgullosamente a los mencheviques y a los social-revolucionarios al “basurero de la historia”, y no se sentía inclinado a pedirles que regresaran como aliados. Con todo, ni él ni ninguno de sus colegas se proponía suprimir esos partidos. Cuando, el día después de que los mencheviques abandonaron el Congreso de los Soviets, Mártov regresó para interceder ante los bolcheviques en favor de los ministros socialistas arrestados -del mismo modo que en julio había intercedido ante esos ministros en favor de los bolcheviques arrestados- aquéllos se ablandaron. Trotsky sacó a los ministros de la cárcel, poniéndolos primero bajo arresto domiciliario y después en completa libertad. Esto fue, en todo caso, más generoso que el tratamiento que los ministros les habían dado tan recientemente a él mismo y a Lenin.²³ En los Soviets, los bolcheviques mantuvieron las puertas abiertas para el regreso de los mencheviques y los social-revolucionarios; y en el Comité Ejecutivo Central mantuvieron un número de vacantes proporcional a la fuerza de sus adversarios en el Congreso. Tanto Lenin como Trotsky, aun cuando no tenían deseos de compartir el gobierno con los mencheviques y los social-revolucionarios, deseaban verlos representados en el ‘Parlamento proletario’ y sus organismos.

Trotsky se opuso a los “conciliadores” bolcheviques sin señal alguna de vacilación. Con todo, existen testimonios dignos de confianza acerca de sus aprensiones íntimas. Sadoul relata que, tres días después de la insurrección. Trotsky le dejó conocer su preocupación por los mencheviques, quienes debido a sus pretensiones y a su actitud entorpecedora podrían llevar a los bolcheviques a tratarlos con dureza

22- La cita está tomada de la conversación de Bujarin con Kámenev en 1928. cuyo resumen más completo se encuentra en *The Trotsky Archives*.

23- Sujánov, *op. cit.*, vol. VII, p. 243.

y a profundizar, en consecuencia, el cisma que existía entre los partidos. Esto, dijo Trotsky, le causaba más inquietud que el avance de los cosacos de Krasnov, y los informes sobre la formación de las Guardias Blancas.²⁴ Algún tiempo después le expresó a Sadoul su esperanza de que, después que los bolcheviques hubiesen cumplido los puntos más esenciales de su programa, invitarían a los mencheviques a participar en el gobierno.

Las conversaciones sobre la coalición terminaron abruptamente el 3 de noviembre, cuando Mártov y Abramóvich declararon que no entrarían en negociaciones mientras continuaran los arrestos que entonces se estaban efectuando y mientras no se permitiera la reaparición de los periódicos que acababan de ser clausurados.²⁵ Los bolcheviques habían arrestado a unos cuantos políticos derechistas y clausurado algunos periódicos que habían llamado abiertamente a la resistencia armada. En el Soviet, Trotsky justificó estas medidas con las siguientes palabras: “La demanda de que se ponga fin a toda represión en el momento de la guerra civil equivale a una demanda de que pongamos fin a la guerra civil.. . Nuestros adversarios no nos han propuesto la paz... En una situación de guerra civil es legítimo clausurar periódicos hostiles”.²⁶ Le aseguró enfáticamente al Soviet que el gobierno no tenía intenciones de establecer su propio monopolio de prensa. Estaba, sin embargo, obligado a destruir el monopolio de prensa de las clases propietarias, como habían prometido hacerlo todos los partidos socialistas. Las imprentas y las fábricas de papel serían nacionalizadas, y después el gobierno les asignaría facilidades de impresión y papel a todos los partidos y grupos, en proporción a su fuerza demostrada en las elecciones. Así se establecería, por primera vez en la historia, la auténtica libertad de prensa. La capacidad de difundir opiniones dependería de la influencia real en la vida social y política, no de los recursos económicos.²⁷

Un mes después de la revolución, las primeras Guardias Blancas, al mando de Kornílov, Kaledin, Alexéiev y Denikin, entraron en acción en el Don: y los

24- Sadoul, *op. cit.*, pp. 68-69.

25- *Protokoly Tsen. Kom.*, p. 174.

26- Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 2, pp. 104-105.

27- Algún tiempo después Trotsky habló sobre el mismo asunto ante el Regimiento de Granaderos. “¿Qué entienden los corifeos de la burguesía por libertad de prensa? Lo mismo que entienden por libertad de comercio. Todo el que posee algún capital tiene el derecho, porque tiene los recursos, de abrir una fábrica, una tienda, un burdel o un periódico, según sus gustos personales... Pero, ¿gozan de la libertad de prensa los millones de campesinos obreros y soldados? Estos no poseen la condición esencial de la libertad, los recursos, los recursos reales y genuinos para publicar un periódico”. En esta ocasión también defendió el principio de la distribución proporcional de papel y otras facilidades a los partidos políticos. *Ibid.*, pp. 125-127.

cosacos de Orenburgo se levantaron en armas encabezados por su atamán Dútov. Los generales blancos no simulaban siquiera que luchaban por la restauración del gobierno de Kerensky. Se proponían francamente la restauración del zarismo o su propia dictadura. Simultáneamente con esta iniciación de la guerra civil en provincias remotas, los “cadetes” y algunos social-revolucionarios de derecha llevaron a cabo una seminsurrección en la capital. El 28 de noviembre Trotsky anunció la legalización del partido “cadete”. El Comité Central de ese partido, dijo, era el cuartel general político de las Guardias Blancas y dirigía el reclutamiento de oficiales para Kornílov y Kaledin.²⁸ Los “cadetes”, por consiguiente, serían excluidos de la Asamblea Constituyente que el gobierno se preparaba a convocar. “Hemos comenzado”, añadió Trotsky, “en forma modesta. Hemos arrestado a los jefes de las ‘cadetes’ y hemos ordenado que sus partidarios en las provincias sean mantenidos bajo vigilancia. En la época de la Revolución Francesa, los jacobinos guillotinaron hombres más honrados que éstos por obstruir la voluntad del pueblo. No hemos ejecutado a nadie ni tenemos intenciones de hacerlo. Pero hay momentos de ira popular, y los ‘cadetes’ se han buscado dificultades ellos mismos”.²⁹

Las palabras “Hemos comenzado en forma modesta” sonaban ominosamente. Después de hacer triunfar una revolución, los bolcheviques no podían repudiar el terror revolucionario; y el terror tiene su propio impulso. Todo partido revolucionario se imagina en un principio que su tarea es sencilla: suprimir a un “puñado” de tiranos o explotadores. Es cierto que generalmente los tiranos y los explotadores constituyen una minoría insignificante. Pero la vieja clase gobernante no ha vivido aislada del resto de la sociedad. Durante su larga dominación se ha rodeado de una red de instituciones que abarcan grupos e individuos de muchas clases, y ha dado vida a muchas adhesiones y lealtades que ni siquiera una revolución logra destruir del todo. La anatomía de la sociedad nunca es tan simple como para que sea posible separar quirúrgicamente uno de los miembros del resto del cuerpo. Toda clase social está ligada a su vecina inmediata por muchas gradaciones casi imperceptibles. La aristocracia se difumina en la alta clase media, ésta en las capas inferiores de la burguesía, la baja clase media se bifurca en la clase obrera, y el proletariado, especialmente en Rusia, está vinculado por numerosas filiaciones con el campesinado. Los partidos políticos están interrelacionados en forma similar. La revolución no puede asestarle un golpe al partido que le es más hostil y peligroso sin obligar no sólo a ese partido, sino a su vecino inmediato, a replicar

28- Que esto era literalmente cierto lo confirma una fuente tan autorizada como Denikin, quien describe en forma muy detallada las relaciones entre las Guardias Blancas y el cuartel general de los “cadetes”. *Ocherki Russkoi Smuty*, vol. II, pp 35, 186-194.

29- Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 2, p. 138.

con un contragolpe. La revolución, por lo tanto, trata como su enemigo al vecino inmediato de su enemigo. Cuando golpea a este enemigo secundario, el vecino de éste también siente el golpe y entra en la lucha. El proceso se desarrolla como una reacción en cadena hasta que el partido de la revolución alza contra sí y suprime a todos los partidos que hasta poco tiempo antes llenaban el escenario político.

Los generales que mandaban a las Guardias Blancas eran monárquicos a secas. Habían sido educados para ser los servidores del absolutismo zarista, y veían a la revolución en todas sus fases, bolchevique y prebol chevique, con profundo odio y anhelos de venganza. Los “cadetes” habían sido monárquicos constitucionales. Bajo el zar, el grupo principal de los defensores del absolutismo y el grupo principal de los monárquicos constitucionales se habían enfrentado con hostilidad y mutuo desprecio. Pero los dos partidos también habían coincidido parcialmente. Desde la caída de la monarquía sus desavenencias habían perdido mucha razón de ser; todos se proponían el derrocamiento de la “república socialista”. Después de la Revolución de Octubre, acabaron por liquidar sus diferencias y por luchar bajo la misma bandera. Pero un numeroso sector de los monárquicos constitucionales estaban estrechamente relacionados con los republicanos semisocialistas que habían sido los pilares del régimen de febrero. Dentro de los partidos menchevique y social-revolucionario podían hallarse todos los matices de opinión, desde el republicanismo burgués hasta el socialismo cuasi-revolucionario; y en sus alas extremas estos dos partidos coincidían parcialmente con los bolcheviques. Si los bolcheviques hubiesen podido aislar a las Guardias Blancas, sus enemigos más activos y peligrosos, como el único blanco de ataque, la revolución y la guerra civil tal vez se habrían desarrollado de manera diferente. La alianza natural entre los monárquicos constitucionales y las Guardias Blancas hizo esto imposible. Para privar a las Guardias Blancas de su servicio de suministros políticos, los bolcheviques tuvieron que ilegalizar a los “cadetes”. El sector principal de los mencheviques y los social-revolucionarios nunca habría soñado con defender a Kornílov, Denikin o Kolchak. Pero no podían permanecer indiferentes cuando los “cadetes” fueron declarados “enemigos del pueblo”, aunque sólo fuera porque su propia ala derecha había convivido con los “cadetes” en una especie de simbiosis política, incubando planes y conjuras políticas comunes. Un menchevique de izquierda como Mártoov difícilmente habría defendido a los “cadetes” solos, pero estaba muy consciente de que, después de los “cadetes”, el látigo de la revolución caería sobre el ala derecha de los social-revolucionarios y de su propio partido. Y eso deseaba evitarlo Mártoov.

Las seguridades dadas por Trotsky de que los bolcheviques no tenían la

intención de instalar la guillotina eran buena prueba de que él tenía conciencia del peligro que el terror representaba para la revolución. El deseo de resistir a ese peligro alentaba en muchos bolcheviques. El día siguiente al levantamiento los bolcheviques abolieron la pena capital, y Lenin fue el único que protestó contra la medida.³⁰ Pero aun el propio Lenin, cuando argumentó contra los bolcheviques moderados, dijo: “En París, ellos (los jacobinos) usaron la guillotina, en tanto que nosotros sólo privamos de las tarjetas de racionamiento a quienes no las obtienen por medio de los sindicatos”.³¹ El Partido en general trató, en parte por instinto y en parte por conciencia, de eludir la pendiente, resbalosa de sangre, por la que se habían precipitado los jacobinos. Habiendo puesto un pie, por necesidad, en la cima de la pendiente, el Partido resistió con energía y durante largo tiempo la atracción hacia abajo. El gobierno ilegalizó a los “cadetes”, pero no al ala derecha de los social-revolucionarios, que había participado en la seminsurrección del 28 de noviembre. Decretó las elecciones a la Asamblea Constituyente, sin tener aún plena conciencia del inevitable conflicto entre el gobierno a través de los Soviets y una Asamblea Constituyente. A fines de noviembre, Bujarin todavía instó al Comité Central a que pospusiera el ajuste de cuentas con los “cadetes” hasta la apertura de la Asamblea Constituyente. Aduciendo precedentes de la historia francesa e inglesa, propuso que los “cadetes” fueran expulsados de la Constituyente y que ésta se declarara a continuación Convención revolucionaria. Bujarin contaba con que los bolcheviques y los social-revolucionarios de izquierda tuvieran una mayoría abrumadora en la Asamblea, y que ello le diera a la revolución la ventaja de la legitimidad formal. Trotsky apoyó ampliamente el plan de acción de Bujarin. Sólo Stalin parece haber tenido en aquel momento una idea más clara de la tendencia de los acontecimientos, probablemente porque no creía que los bolcheviques y los social-revolucionarios tuvieran una mayoría en el país. La proposición de Bujarin, declaró Stalin, era demasiado tardía: la supresión de los “cadetes” había empezado ya y no podía ser pospuesta. El contaba con una división en la Asamblea y una lucha entre dos asambleas rivales. Nadie pensaba todavía en la disolución de la Constituyente. En las actas de las discusiones, aun de las más confidenciales, no se halla una sola sugestión para suprimir a otros partidos.³²

Hacía poco más de dos meses que Trotsky había ingresado en el partido bolchevique y ya su posición destacada en los altos círculos de éste estaba firmemente establecida. El primer Politburó, elegido antes de la insurrección, nunca tuvo vida. Fue reemplazado por un organismo inás reducido, “el Buró del Comité Central”,

30- Trotsky, *Lénine*, pp. 116-117.

31- Trotsky, *The Stalin School of Falsification*, p. 110.

32- *Protokoly Tsen. Kom.*, pp. 180-191.

un Comité Ejecutivo que se hallaba en sesión permanente y estaba compuesto por cuatro hombres: Lenin, Trotsky, Stalin y Svérlov.³³ Cuando se consumó la coalición con los social-revolucionarios de izquierda, el Consejo de Comisarios del Pueblo eligió un gabinete interno en el que los bolcheviques estaban representados por los mismos hombres, con excepción de Svérlov, que no ocupaba ningún puesto en el gobierno. Lenin y Trotsky eran reconocidos generalmente como los principales creadores de línea política y autoridades supremas en cuestiones de doctrina. Stalin y Svérlov eran los organizadores principales.

La relación entre Lenin y Trotsky era una relación de mutua confianza, cordialidad y respeto, aunque no de intimidad personal. Su lucha común contra los bolcheviques moderados, antes y especialmente después de la insurrección, el odio que los enemigos les profesaban a los dos al exigir la exclusión de ambos de cualquier gobierno de coalición, su coincidencia en todas las cuestiones importantes: todo ello ligaba a los dos hombres con el más fuerte de los vínculos. La actitud de Lenin era modesta y casi impersonal, aun en el ejercicio del poder; desconfiaba del ademán y la palabra dramáticos. Durante dos décadas había estado rodeado de muchos partidarios devotos, a los que había dirigido mediante el puro vigor de su intelecto y su carácter. Había adquirido verdadera maestría para juzgar los méritos y los defectos de sus colegas y subordinados y para manejarlos de la manera más provechosa para el Partido. Duro y aun despiadado en las controversias serias, era por otra parte reservado, lleno de tacto y de cuidado para no herir las susceptibilidades y debilidades de sus seguidores, y atento a sus ideas y sugerencias.

La volcánica pasión de Trotsky y su poderoso lenguaje agitaban el alma de la gente en una forma que la incisiva prosa didáctica de Lenin nunca igualaba. Ahora, unidos nuevamente en una causa común, Lenin escuchaba las desbordadas diatribas de Trotsky con aprobación e incluso con admiración. Pero también con algo de aquella desazón con que el muzhik escuchaba la grandilocuencia urbana. El contraste entre sus temperamentos se extendía también a otras cualidades. Los muchos años de actividad como francotirador político habían dejado su huella en Trotsky. Este no poseía los hábitos del trabajo de equipo fácil y libre que constituyen la fuerza de un verdadero dirigente de hombres.

Lunacharsky, aun cuando todavía veía a Trotsky con intensa admiración, se refirió enfáticamente a este rasgo, diciendo que Trotsky nunca había logrado organizar ningún grupo estable de seguidores.³⁴ Era imperioso y reconcentrado en sí mismo. Por ello resulta tanto más notable que en los años inmediatamente posteriores

33- *Ibid.*, p. 189.

34- Lunacharsky, *Politicheskie Siluety*, pp. 25-30.

demostrara ser un administrador tan extraordinario y brillante. El mérito de su ejecutoria administrativa, sin embargo, no se debió a su manejo de los hombres, sino a la claridad y precisión de sus planes, a su energía y fuerza de voluntad y a su sistemático método de trabajo. La capacidad para el trabajo sistemático, en el que superaba a Lenin, era rara en un país donde la gente le atribuía poco valor al tiempo y al esfuerzo sostenido. Su actual asociación estrecha con Lenin, se fundaba en ciertos ajustes personales así como en la comunidad de propósitos. Trotsky reconocía con indudable sinceridad la jefatura de Lenin. Lo hacía sin el menor asomo de adulación y sin renunciar a su propia independencia, pero con evidente remordimiento por su pasada equivocación al subestimar a Lenin como revolucionario y como dirigente. Lenin, por su parte, hacía todo lo posible por que Trotsky se sintiera en el Partido como si siempre hubiera pertenecido a él. En el transcurso de los seis años de su asociación, años que acarrearón una serie de nuevas disputas, Lenin no hizo una sola alusión a sus controversias pasadas, excepto cuando dijo en privado que en ciertos aspectos Trotsky había tenido la razón y cuando previno al Partido, en su testamento, que no esgrimiera contra Trotsky su pasado no bolchevique.

Los otros dos miembros del “Buró del Comité Central” estaban hechos de una pasta muy diferente. Svérđlov fue el verdadero predecesor de Stalin como Secretario General del Partido: nominalmente, el puesto todavía no se había creado. Al igual que Stalin, Svérđlov había pasado toda su vida política en la clandestinidad. Tenía el mismo talento organizativo, la misma capacidad para manejar a los hombres, la misma mentalidad empírica y la misma firmeza de carácter.³⁵ Más conforme que Stalin con su papel de organizador, exento de la ambición de brillar como autoridad en cuestiones de doctrina, Svérđlov poseía, sin embargo, si hemos de juzgar a base de sus pocos escritos y discursos, un intelecto más amplio, más cultivado y flexible que el de Stalin, y era mucho más coherente.³⁶ Fue él quien, en ausencia de Lenin, introdujo a Trotsky en la vida interna del Partido, lo puso al tanto de su organización militar y facilitó su cooperación con los diversos niveles del caucas bolchevique. Svérđlov, como sabemos, fue también quien propuso el nombramiento de Trotsky como Comisario de Relaciones Exteriores. En tanto que las relaciones de Trotsky con Svérđlov eran de una franca camaradería, sus primeros contactos directos con Stalin fueron muy diferentes. El mismo escribió más tarde que apenas

35- *Sadoul cuenta que los bolcheviques apodaban a Svérđlov “la ferme gueule” (“el hocico duro”),* *of. cit.*, p. 266.

36- *Esto se desprende claramente de la correspondencia privada de Svérđlov, publicada en Pechat i Revolutcia, vol. II, 1924.*

se enteró de la existencia de Stalin hasta después de la Revolución de Octubre.³⁷ Sin embargo, Stalin había sido el director del periódico del Partido y uno de los miembros más importantes del Comité Central. Si es cierto que Trotsky lo pasó por alto, por decirlo así, ello no indicaría tanto la insignificancia del papel de Stalin, que Trotsky deseaba probar, cuanto la falta de interés del propio Trotsky en las influencias personales que operaban en el partido al que había ingresado. Stalin no era una personalidad espectacular. Reservado, poco coherente, en ocasiones vulgar. no atrajo la atención de Trotsky porque éste se inclinaba a buscar en los demás las cualidades que lo distinguían a él mismo. De manera más excusable, repitió un error que había cometido una vez en relación con Lenin: la “falta de brillo” de Stalin le ocultaba la fuerza de éste. Siguió tratando a su futuro rival con una altivez inintencionada y sin embargo, tanto más ofensiva, aun después de que Stalin se convirtió en su colega en el más reducido de los grupos que manejaban los asuntos del Partido y del gobierno. No cabe sorprenderse de que Stalin se haya sentido herido en su orgullo.

Los sentimientos personales y los celos apenas incipientes todavía carecían de importancia. Entre el tumulto y el arrobamiento de aquellos meses, los dirigentes bolcheviques vivían como en un sueño extasiado que podía desvanecerse súbita y trágicamente. Se aferraban y trataban de consolidar posiciones de poder en las que por el momento no parecía haber poder alguno; pero concebían a medias la posibilidad de que en el desarrollo del proceso ellos mismos llegaran a sucumbir y de que la revolución continuara avanzando sobre sus cadáveres hasta el triunfo final. “¿Y qué pasará”, le preguntó en una ocasión Lenin a Trotsky, “si las Guardias Blancas nos quitan de en medio a usted y a mí? ¿Cree usted que Svérdlov y Bujarin sabrán salir del paso?”³⁸ Mientras tanto, emitían proclamas, decretos y leyes, más para constancia histórica que para ejecución inmediata. Si sucediera lo peor, pensaban y decían, cuando menos legarían a sus sucesores un conjunto de ideas, una reenunciación de política revolucionaria que inspiraría, a otros, del mismo modo que el mensaje de la Comuna de París había inspirado a dos generaciones de socialistas. En esta forma aparentemente impráctica, los jefes bolcheviques fueron poniendo en realidad los cimientos de la república soviética.

Las circunstancias externas en que cumplían esta tarea correspondían al propósito idealista. Sería un eufemismo decir que los fundadores del nuevo Estado no tenían a su alrededor nada del aparato y de la pompa del poder. No disponían siquiera de las sencillas facilidades para el trabajo que pueden hallarse en las

37- Trotsky, *Stalin*, pp. 305 sigs.

38- Trotsky, *Mi vida*, tomo II, p. 72.

más modestas oficinas comerciales. En Smolny una máquina de escribir era una rareza, las taquígrafas un mito y el teléfono una deliciosa comodidad técnica. Los nuevos gobernantes escribían sus trascendentales proclamas y decretos de puño y letra. Corrían de sus oficinas a las de sus colegas a través de un laberinto de corredores. Comían y cenaban una rala sopa de coles y pan negro en el comedor colectivo de Smolny. Y los más de ellos vivían y dormían en sus pequeñas oficinas, en medio del tumulto incesante, el ir y venir de los mensajeros y agitadores, el ruido de las botas de los soldados, la algazara, los pánicos y los entusiasmos, el *Tohuwabohu* de mundos que agonizaban y nacían. Sus oficinas estaban custodiadas ya por voluntarios de las Guardias Rojas, pero a ellas siempre tenía acceso el más humilde de los obreros, los campesinos y los periodistas. A esta circunstancia debemos innumerables descripciones del Trotsky del período de Smolny. He aquí una impresión típica, escrita por una periodista norteamericana:

Durante los primeros días de la rebelión bolchevique, yo solía ir todas las mañanas a Smolny para enterarme de las últimas noticias. Trotsky y su bonita y menuda esposa, que casi nunca decían nada sino en francés (a los periodistas extranjeros), vivían en una habitación del último piso. La pieza estaba dividida como el estudio de un artista pobre en una buhardilla. En un extremo había dos catres y un pequeño ropero barato, y en el otro un escritorio y dos o tres sillas de madera barata... Trotsky ocupó esa oficina durante todo el tiempo que fue Ministro de Relaciones Exteriores y muchos dignatarios tuvieron que visitarlo allí... no había problema, por insignificante que fuese, que no se le planteara a Trotsky. Trabajaba intensamente y a menudo se encontraba al borde de un colapso nervioso: se volvía irritable y tenía estallidos de cólera.³⁹

Antes de la insurrección, Trotsky había vivido como subarrendatario en un edificio de apartamentos de clase media, donde él y su familia estaban rodeados de odio intenso. “Trotsky parece cansado y nervioso.. escribe Sadoul. “Desde el 20 de octubre no ha estado en su casa. Su esposa, simpática, menuda, militante, fresca, vivaz y encantadora, dice que sus vecinos amenazaron con matar a su esposo... ¿No es divertido pensar que este dictador despiadado, este amo de todas las Rusias, no se atreve a dormir en su casa por temor a la escoba de su conserje?”⁴⁰

39- Louise Bryant, *Six Red Months in Russia*, p. 145.

40- Sadoul, *op. cit.*, p. 94.